

Juan Pablo II: "La Madre del Redentor"

LA FE CRISTIANA COMO CAMINO Y NOVEDAD

Mikel Munárriz

Que Juan Pablo II escribiera una ENCICLICA sobre la Virgen, sobre "La Madre del Redentor", era algo que todos esperábamos. A lo largo de sus nueve años de Pontificado, a lo largo de sus viajes, de sus discursos, de sus oraciones, ha ido dejando un testimonio profundo y constante de su entrañable y tierna devoción a la Madre de Jesús. Se ha mostrado siempre como fervoroso caminante de esa "específica geografía de la fe y la piedad mariana, que abarca todos esos lugares de especial peregrinación del Pueblo de Dios, el cual busca el encuentro con la Madre de Dios, para encontrar en el ámbito de la materna presencia de la que ha creído, la consolidación de la propia fe" (Nº 28).

El pasado 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación, salía a la luz pública la carta encíclica *Redemptoris Mater*. En ella, ante la cercanía del año 2000, cuando la Iglesia celebrará el bimilenario del nacimiento de Jesucristo, anuncia y proclama la celebración de un Año Mariano que comenzará el día de Pentecostés, 7 de junio próximo, algo así como un "adviento" de anhelante espera del año jubilar. La encíclica "La Madre del Redentor" sería como el pórtico de entrada y camino de orientación de este Año Mariano.

La nueva encíclica de Juan Pablo II es un breve tratado teológico sobre la Virgen-Madre de Dios. Una Mariología seria y profunda a la vez que tierna y devota. Alejada, sin embargo, de aquellas "mariologías" tan llenas de piadosismos, empeñadas en resaltar de tal modo los "privilegios" que hacían de María un ser absolutamente inimitable y que tanto dañaron al movimiento ecuménico.

La teología mariana del Papa, sin olvidar, claro está, la tradición, se basa en dos fuentes fundamentales: La Biblia y el Concilio Vaticano II.

De la Biblia irá comentando con especial detenimiento los textos marianos de Lucas y de Juan, deteniéndose con particular cariño en los de la Anunciación, la Visitación, la Presentación en el templo, las Bodas de Caná y María al pie de la Cruz. Todos ellos los desentraña en orden a cimentar su Mariología. Particularmente me ha llamado la atención la profundidad bíblica de la aplicación que hace del capítulo primero de la carta a los Efesios como recurso fundamental para ahondar los textos que trata de los Evangelios.

En el Nº 48 el Papa dirá que en el Concilio (y el Sínodo del 85) "está contenido lo que el mismo Espíritu Santo desea decir a la Iglesia en la presente fase de su historia". No es extraño, pues, que lo utilice con profusión. Los documentos más citados serán la *Lumen Gentium* y la *Dei Verbum*. El primero, no sólo por ser el que contiene la doctrina conciliar sobre la Virgen, sino porque Juan Pablo II busca insistente y consistentemente la relación de María con la Iglesia. El segundo, por el profuso desarrollo que el tema la Fe de María (y la Fe de la Iglesia) ocupa en la encíclica, hasta el punto de que llega a ser uno de los más novedosos y ricos veneros de su Mariología.

Otro tema tratado también muy novedosamente es el de la Mediación Materna. Su insistencia en subordinarla a la Mediación única de Cristo, muestra una clara preocupación ecuménica. La misma preocupación y mayor novedad aparece al encuadrarla dentro de la "comunidad de los santos", como un modo particular de esa mediación de intercesión eclesial que admiten como dogma antiguo los hermanos separados. Es quizás, una lástima que, aquí como en otros lugares,

Juan Pablo II no haya querido desarrollar más el tema de la femineidad, tan importante en un mundo donde la presencia de la mujer es cada vez más fuerte y en una Iglesia que ha reconocido en el feminismo uno de los Signos de los tiempos.

En este artículo, sin embargo, más que señalar lo mariológico, me ha parecido importante destacar tres temas que son como los ejes sobre los que se mueve la reflexión del Papa. Los tres son de gran incidencia en la teología actual. Los tres, sobre todo, me parecen particularmente importantes en la coyuntura de la Iglesia venezolana.

LA FE COMO CAMINO

Frases como "la peregrinación de la fe", "el itinerario de la fe", "el camino de la fe"... son no sólo las más repetidas a lo largo de todo el documento, sino que su contenido fundamental articula y engarza el pensamiento del Pontífice en torno al ser de María y al deber ser de la Iglesia. "La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo, camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino—deseo destacarlo enseguida—procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María, que avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz". Esta idea que aparece en el n. 2 de la Encíclica, se irá desarrollando y concretizando a lo largo de todo el escrito.

Para Juan Pablo II la fe no es sólo, ni primaria ni principalmente, el asentimiento de la razón a unas doctrinas, sino una respuesta total, obediente y confiada del creyente a la Revelación entendida como "autodonación" de Dios (n. 36). Partiendo de las ideas fundamentales de la *Dei Verbum* y apoyándose en la *Lumen Gentium*, desarrolla una doctrina sobre la fe así entendida. "Cuando Dios se revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, como enseña el Concilio" (n. 13). Esa fe—respuesta—obediente es ante todo algo muy personal: el hombre responde "con todo su yo"; por eso en el caso de la fe de María será una respuesta femenina (*ibid.*), su "hágase en mí según tu Palabra"

es aceptación de la Maternidad... Pero este FIAT, aunque permanecerá formalmente el mismo a lo largo de toda la vida, se irá precisando en nuevos contenidos, nuevas respuestas. Precisamente para ser obediencia fiel, deberá permanecer abierta a las NOVEDADES que la vida, profundamente contemplada, le irá presentando como "NUEVA autodonación de Dios" (n. 36), que exigirá NUEVAS respuestas. María es modelo de creyente para la Iglesia, precisamente porque abierta a la novedad de la vida y de la historia, irá a lo largo de su tiempo dando respuestas nuevas, nuevos contenidos, a su SI de la Anunciación. Porque Dios es siempre Misterio, un Misterio que la Fe contacta (cfr. n. 17), pero que no lo desvela jamás del todo. Como diría la teología actual, hay que dejar que Dios sea Dios, que sea siempre mayor que cualquier respuesta, personal o institucional, humana.

Y porque Dios es Mayor, es Misterio, la fe siempre marchará "en la penumbra" (n. 14). No es, ni siquiera para María, una "ciencia infusa" que ilumina todos los recovecos del caminar y los avatares del futuro. Al contrario, la fe exige la búsqueda permanente de lo que sea en concreto en cada momento ese "estar en las cosas de mi Padre" en el que consiste ser cristiano. Por eso la fe es siempre abandono confiado en las manos de ese Padre que muchas veces llegará a expresarse en ese "esperar contra toda esperanza" que caracterizará la fe abrahámica, la fe de María y que deb. caracterizar también la de la Iglesia.

Pero esa fe-abandono-confiado es radicalmente gozosa, alegre. "Feliz tú porque has creído" y "mi alma rebosa de júbilo en Dios mi Salvador" —que se le vea y que se sienta— el gozo de sentirse hijo de tal Padre, es condición inseparable de la fe y más aún de la proclamación de la fe. No se puede proclamar a Dios más que como EVANGELIO, como BUENA NOTICIA.

HACER LAS COSAS DEL PADRE

En definitiva vivir la fe, obedecer y abandonarse en Dios, es entregarse al REINO. El reino de Dios es el horizonte último de la vida creyente. Es el tesoro escondido por el que se vende todo lo que se posee. Es la voluntad del Padre.

El Reino de Dios tiene una fase última, de salvación definitiva, don y gracia, que superará todo lo que el hombre puede realizar, cuando "Dios sea todo en todas las cosas" (n. 41). "Después de la resurrección, la esperanza había descubierto su verdadero rostro y la promesa había comenzado a transformarse en realidad" (n. 26) en Jesús, como cabeza de su Cuerpo Místico. Pero tiene también una fase histórica, terrena. La Iglesia es signo e instrumento de ese Reino y

para poder serlo tiene que "renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso". (n. 25).

"Por la cruz", porque al querer implantarlo en un mundo de pecado, el reino es "señal de contradicción". La misión de la Iglesia, como recuerda la Lumen Gentium n. 8, deberá recorrer los caminos que recorrió Jesús, "es decir, en la incompreensión y en el dolor" (n. 16). Porque hacer el reino es establecer una dimensión nueva en toda relación humana, hasta construir una fraternidad que no es la fraternidad según la carne, según el mundo. "Reino de Dios y cosas del Padre, (que) dan también una dimensión nueva a todo lo que es humano y, por lo tanto, a toda relación humana, respecto a las finalidades y tareas asignadas a cada hombre" (n. 20). Realizar y ser signo del reino es "ir al encuentro de los hombres en toda la gama de sus necesidades... en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos" (N. 21). El poder mesiánico del Hijo que la Iglesia debe manifestar es "poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida (Ibid.). Que eso es "anunciar a los pobres la Buena Nueva, proclamar la liberación de los cautivos..."

LA NOVEDAD DE LA FE DE LA IGLESIA HOY: DIOS ES PARCIAL

En la peregrinación de la fe de María, se va a dar una NOVEDAD tan radical, que provocará en ella una nueva conciencia, que le llevará a una nueva expresión de fe y hasta a vivirla en una nueva respuesta (cfr. n. 36). Juan Pablo II desarrolla con particular esmero el tema de la Anunciación y del Magnificat, porque en él encuentra algo de especial importancia para la Iglesia de hoy. Por eso el tema no lo introducirá de improviso, sino que lo viene preparando a lo largo de toda la Encíclica. Así María es presentada como la que "sobresale entre los pobres y humildes del Señor" (ns. 8 y 11). Se complacerá en resaltar la pobreza del nacimiento de Jesús, la presencia en él de los pastores y la de Simeón, el pobre con esperanza, en la Presentación, la vida oculta del "hijo de José el Carpintero". Con mayor fuerza resaltaré el programa mesiánico de Jesús, presentado en el capítulo 4 de Lucas: "He venido a dar una Buena Noticia a los Pobres..."

De ahí debe nacer en la Iglesia "su amor preferencial por los pobres (que) está inscrito admirablemente en el Magnificat de María" (n. 37). El Dios de la Alianza es el que "derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los llena de bienes y a los ricos los despide vacíos... María está profundamente impregnada del espíritu de los pobres de Yahvé, que

en le oración de los salmos esperaban de Dios su salvación" (Ibid.). Por eso ella "proclama la venida del misterio de salvación, la venida del Mesías de los Pobres" (Ibid.)

Por eso la Iglesia debe RENOVAR "cada vez mejor en sí la conciencia de que NO SE PUEDE SEPARAR LA VERDAD SOBRE DIOS QUE SALVA, sobre Dios que es fuente de todo don, DE LA MANIFESTACION DE SU AMOR PREFERENCIAL POR LOS POBRES Y HUMILDES que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús". (Ibid. Los destacados en el texto).

Juan Pablo II señala aquí una NOVEDAD en el caminar de la Iglesia que exige una nueva respuesta en la fe: "en nuestra época tal conciencia se refuerza de una manera particular" (n. 37). Esa conciencia reforzada, exigirá una NUEVA EXPRESION: "no se pueden separar estos dos elementos del mensaje" (Ibid.). Exigirá también una NUEVA RESPUESTA: la Iglesia "debe salvaguardar la importancia que los pobres y la opción en favor de los pobres tienen en la Palabra del Dios vivo" (Ibid.)

LEER LA ENCICLICA EN VENEZUELA

La Encíclica "La Madre del Redentor" tiene muchas enseñanzas, es toda ella una enseñanza. Pero por fidelidad a la palabra del Papa, en cada situación debe destacarse aquello que más se necesita. Por eso he querido destacar estos tres temas. Porque en nuestra Iglesia hay cosas del Concilio, de Medellín y de Puebla que todavía no se han asimilado suficientemente. Cuando alguien dice que el programa de la Misión debe superar el mero adoctrinamiento, se le mira como a un enemigo de la ortodoxia. Cuando el afán por el Reino de Dios lleva a algunos a preocuparse por las necesidades materiales de los hombres, cuando desde esas necesidades se interesa por lo económico y lo político o por el cambio de estructuras, se le ve como alguien que no hace tarea eclesial. Cuando un catecismo, una canción, una predicación hablan de ricos y pobres, se lo juzga ajeno a la palabra de Dios, contaminado por no sé que ideologías, y no defensor de una verdad bíblica que la Iglesia tiene obligación (hoy más que nunca) de salvaguardar (Cfr. N. 37).

Quizás la palabra de Juan Pablo II, tan clara y concreta, nos pueda ayudar a todos a asumir la NOVEDAD DE NUESTRA FE.